Exodo rural

Ver pag. 2-3.

EL DIA

DORA AÑO XXVII. — Nº 1370. MONTEVIDEO, ABRIL 18 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



LA ESCUELA DE MONTE.
(Fotografía Caruso)

El sábado 11 de este mes se inauguró el local de la Escuela Pública Nº 67. en la localidad de Monte, Depto. de Canelones, instalada en los terrenos donados por "Rausa", culminando así una loable gestión del anterior Gobierno Departamental, que presidió el Sr. Rivera Berreta.



Vivienda mixteca de la costa mexicana. Su planta circular denota la influencia negro-africana. (Foto Instituto Nacional Indigenista.)

EL EXODO RURAL

La Población de América Latina

LA HUIDA DEL CAMPO. — En los artículos iniciales de nuestra serie *Análisis espectral de una Economía Criolla* prometimos ocuparnos del fenómeno del éxodo rural y señalamos algunos de sus caracteres en el breve estudio dedicado a la tenencia y destino de la tierra (Suplemento de EL DIA Nº 1368). Hoy volvemos sobre el tema con espíritu sistemático pues creemos que antes de analizar el proceso de la industrialización uruguaya es menester definir los alcances del éxodo campesino en la demografía latinoamericana y señalar sus consecuencias en la economía nacional.

El fenómeno del éxodo rural está conectado con las migraciones humanas en sentido genérico y debe incluirse dentro de la casuística interna de las mismas. Se trata, como lo expresa su denominación, del abandono de los campos por parte de los pobladores de los mismos, quienes se dirigen a la ciudad en busca de trabajo mejor remunerado si son simples braceros y en busca de comodidades y superiores oportunidades de educación si son miembros de las clases medias o altas. No es este flujo un hecho contemporáneo. Desde que Henoc fundó su ciudad al Este del Paraíso los hombres de los campos acudieron, en todos los siglos y en todas las civilizaciones, al irresistible llamado de las urbes. Los profetas de Israel, airadamente, advirtieron que las ciudades eran la sede de la soberbia y del pecado; que las virtudes puras y simples de los hijos de Dios sólo podían prosperar en los campos. Pero todo esto era propaganda teológica. Nada ni nadie podía restañar la hemorragia rural una vez iniciada. Y cuando en el siglo de las luces Rousseau dice que las ciudades son el sumidero de la especie humana (*Emilio, libro I*) ya se anuncia en la economía europea la pacífica y desquiciadora Revolución Industrial que provocaría *la landflucht, la fuga* en masa de los campos donde aún pervivían modalidades epilogales del feudalismo.

El éxodo rural europeo y el americano tienen distinto signo sociológico, distinta estructura económica sustentadora y distinto destino laboral. Para comprenderlos hay que compararlos. Y como toda comparación exige previamente una sistematización será imprescindible encarar el hecho desde el punto de vista científico y no desde el punto de vista emocional. La famosa *wanderlust* de los teóricos alemanes no se basa en el mero placer del movimiento. Cuando una comunidad humana se traslada lo hace por motivos que no son por cierto deportivos. Los campeones del ludismo social —ya a lo Ortega, ya a lo Huizinga— olvidan a veces el trasfondo económico de los problemas, el dramático ademán de supervivencia que late tras toda völkerwanderung.

EL PROCESO DEMOGRAFICO DE LATINOAMERICA. — La labor teórica es estéril y revela un apriorismo nocivo si parte del dato del libro y no de la compleja trama de la realidad. Los latinoamericanos debemos comprender la problemática de la deserción de los campos a partir de las situaciones locales para luego intentar una doctrina general de las migraciones internas. Toda actitud contraria significa pedantería cargada de citas librescas e inadecuación a la coyuntura vital de cada uno de nuestros países.

El éxodo rural en América, como en todo otro continente del orbe, no debe ser divorciado de la dinámica y la estática de la población en general. En tal sentido, si comparamos el crecimiento de la población de los distintos países americanos y los factores locales del abandono de los campos podemos obstener resultados concretos e índices estimativos.

El punto de partida para el estudio de la población de América debe ser el número de habitantes indígenas que existían en el momento del descubrimiento. Las zonas densamente pobladas de las regiones andinas y mesoamericanas conservan hoy muchas características prehispánicas, al punto que indio y campesino son una misma cosa en México, Guatemala, Perú o Bolivia. Las zonas de las pampas y llanuras, débilmente pobladas por indios cazadores, fueron colonizadas por aluviones masivos de inmigrantes europeos que "blanquearon" intensamente la fisonomía de las mismas, de tal modo que la pampa argentina o las penillanuras uruguayas constituyen actualmente el asiento de los descendientes del hombre blanco y de una dinámica social sin resentimientos raciales.

Cuando los españoles comenzaron la conquista de América la población indígena no era muy grande. Karl Sapper, con evidente exageración, la estima en 40 o 50 millones, pero otros investigadores como Barón Castro o Angel Rosemblat la hacen oscilar entre 15 y 13 millones. El más prudente de todos es A. L. Kroeber que la fija en algo más de 8 millones.

Luego del período de la carnicería y la desorganización sobreviniente los cuadros demográficos de América indígena se recomponen y hacia el tiempo de la independencia, que en abstracto puede fijarse hacia el 1825, los antiguos niveles son recuperados, siempre que se admitan las cifras intermedias de 13 a 15 millones.

En 1825 hay en toda América un total de 30 millones de habitantes así distribuidos: Sudamérica, 6.900.000; Imperio del Brasil, 4.500.000; Antillas, 1.100.000; México, 6.500.000 y EE.UU., 11.250.000. Hispanoamérica abarcaba el 50% de la población total pero era un verdadero mosaico étnico. Los indios, según Humboldt, constituían casi el 50% de los 15 millones de hispanoamericanos aunque para Barón Castro las proporciones son otras: 36% de indios; 27% de mestizos; 19% de blancos y 18% de negros. Los EE.UU. en cambio eran mucho más homogéneos en la integración racial de su población, formada por un 82% de blancos que se agitaban ya presagiando el gigantesco *rush* hacia el Pacífico.

Las zonas más pobladas de América hispana son por ese entonces las que tienen un mayor contingente indígena. En cambio el triángulo Paraguay - Argentina - Uruguay, ocupado en el momento de la conquista por tribus de tenue densidad numérica y gran iniciativa bélica era un panal abierto a las futurasi nmigraciones europeas. Nuestro país futuras inmigaciones europeas. Nuestro país tenía sólo 74.000 habitantes; Argentina algo a ellos México con 6.500.000, la Gran Colombia con casi 2.600.000 y Perú con 1.400.000 eran astros de primera magnitud demográfica. Pero en ambas zonas, la rica y la pobre en indios, el elemento autóctono es rechazado hacia el interior porque la costa, asiento preferente de las ciudades portuarias, será el dominio del hombre blanco, la cabeza de puente de la iniciativa europea y de la nostalgia transatlántica. Y también la meta ambicionada por todos los que deseaban liberarse de las cargas de la prehistoria y de la vida dura del "interior" americano.

Hacia el 1850 el panorama americano ha cambiado. Los vigorosos EE.UU. han duplicado su población en 25 años: tienen ya 23.200.000 y comienzan su carrera hacia las ciudades tentaculares. La población hispanoamericana sólo ha crecido un 70 % y la brasileña un 58%. Pero se advierte una gran inquietud política. La Federación de Centroamérica se ha atomizado en pequeños Estados. México ha perdido más de 2 millones de kmts.2 en la guerra con los EE.UU. La Gran Colombia, contrariando el sueño unificador de Bolívar, se ha fragmentado en cuatro países. Y al mismo tiempo se opera un enérgico "blanqueamiento" en las Antillas, la pequeña Africa del Caribe. Los contingentes blancos provienen de dos focos distintos: de México vienen los españoles desplazados por el proceso de la independencia y de España llega el excedente de población que no contaba ya con el territorio de las antiguas colonias para colocar sus caudales humanos.

Argentina y Uruguay siguen de cerca los pasos de los EE.UU. Ambas repúblicas, no obstante las peripecias de las guerras intestinas, duplican sus poblaciones. Ya los italianos y los vascos franceses han hecho



Una familia "matriarcal" ante una miserable vivienda de paredes de zinc. Rancherío de Tiatucura Depto. de Paysandú, Uruguay. (Foto Saralegui.)



Vivienda chilena de terratenientes en el Valle Central. (Foto Grace Line.)



El tropero o arriero, "boiadeiro" en el Brasil, es una figura típica en las zonas pecuarias de América latina. (Dibujo de Percy Lau.)



Ayllus con sus tierras parceladas y chujllas (chozas) de piedra, junto al lago Titicaca. (Foto Grace Line.)

sus desembarcos iniciales. El campo continúa en manos criollas pero la ciudad es cosmopolita, amiga de las novedades, asiento de las primeras ideologías liberales y de los primeros injertos del progreso técnico. El campo ganadero, en nuestro país, está regido por los terratenientes del patriciado y es servido por los peones, lanceros heroicos en las luchas civiles y trabajadores baratos en la paz.

Al terminar el siglo XIX, lapso de sobresalto sangriento y caudillismo desenfrenado, la población latinoamericana se ha duplicado pese a las guerras, al hambre y a los períodos de anarquía soportados por los revoltosos países. Ya hay 44.500.000 habitantes, de los cuales 24.000.000 corresponden a Sudamérica. Las jóvenes repúblicas, entretanto, han visto despertar la voracidad fronteriza del Brasil, cuentan ya con una Cuba libre y han padecido la "operación" Puerto Rico sin otras protestas que las del impotente arielismo de Rodó.

El fenómeno demográfico más espectacular en todo el continente ha sido el crecimiento de la población argentina y uruguaya. Argentina ha cuadruplicado sus contingentes humanos (4.790.000) y Uruguay (916.000) los ha multiplicado por siete. A partir de mediados del siglo XIX se produce una pacífica invasión laboral en las naciones rioplatenses: italianos, vascos franceses y españoles se vuelcan en los desiertos de las pampas y las cuchillas meridionales.

Esta población, de origen agrario, implanta de inmediato su género de vida materno en el nuevo *habitat*. Comienzan de este modo a formarse las aureolas de cultivos en derredor de las ciudades y las sucesivas oleadas agrícolas penetran en los otrora deshabitados campos ganaderos. La pampa se "agringa". Pero la estancia uruguaya rechaza al maturrango estilo agrícola, al hombre que dobla el lomo sobre el surco. Orgullosamente se defienden los fueros del criollismo ecuestre, tolerando sólo al *nación* bolichero y al *turco* mercachifle. Claro que detrás del agresivo canto de la espuela está la geología. Porque si en vez de roca hubiera existido tierra honda bajo el tapiz gramíneo nadie hubiera impedido, por más tacuara y tradición que se esgrimieran, el avance implacable del arado terruño adentro. Así sucedió en la pampa argentina y de la estancia derrotada surgió la caricatura melancólica de un Segundo Sombra, resero de un campo más literario que real, espejismo nativista de un urbícola elegante y afrancesado.

Y llegamos al año 1950. La población latinoamericana, en medio siglo, se ha duplicado nuevamente. Solamente México, a causa de las frecuentes y cruentas guerras civiles, revela un retroceso entre 1910 y 1921 que alcanza casi a un millón de almas.

Por otra parte se define una relación geográfico-racial constante. Donde existen grandes núcleos indígenas se acentúa el carácter rural de la población; donde predominan los de origen blanco triunfa el carácter urbano de la misma. Sucede, en cierto modo, lo mismo que en la estratificación social y racial de las castas indostánicas. Los miembros de las castas superiores, descendientes de los arios de piel blanca y ojos azules, tienen la piel clara, mientras que los parias, los míseros integrantes de la casta más baja, son los oscuros descendientes —y esto de oscuridad va en los dos sentidos— de los vencidos drávidas de piel morena. Las ciudades blancas de América serán, como en las del tiempo del medioevo, el lugar "donde se respira el aire de la libertad". En la ciudad los esclavos del agro se emancipan, dejan tras sí el trauma social de la conquista, se sienten hombres por vez primera pese a convertirse en multitud y personas integrantes de una escala de valores pese a su marginalidad orillera. Tarde, en su libro *Las transformaciones del poder*, afirma que en las sociedades modernas las grandes ciudades desempeñan el papel antaño reservado a las aristocracias. Y de modo premonitorio, el emigrante rural comprende que sólo en la ciudad puede zafar del doble yugo de los terratenientes y del mito del criollismo o del indigenismo que condena a los pobres del campo americano a vivir mirando hacia las perdidas glorias del ayer.

El crecimiento de las poblaciones de Uruguay y Argentina en este último período está acompañado por el surgimiento de las ciudades tentaculares. La cuarta parte de la población argentina se concentra en el Gran Buenos Aires mientras que la tercera parte de la población uruguaya se da cita en la ciudad de Montevideo. Ambas capitales han recibido intensas transfusiones de sangre extranjera, pero las dos son también el objetivo desesperado de los "cabecitas negras" y los "cara marrones" que saltan del trampolín del campo a la piscina revuelta de la ciudad. Y en nuestro país, particularmente, los desalojados del área ganadera buscan en Montevideo el salario y la sociabilidad que el campo les niega.

Para terminar con el panorama demográfico digamos que los ciento veinticinco años que van desde 1825 a 1950 significaron para la Argentina una multiplicación de sus habitantes por 26 y para el Uruguay por 32. Aquélla pasó de los 630.000 a los 16.700.000 y nuestro país de los 74.000 a los 2.400.000. Este crecimiento vertiginoso fue acompañado por una urbanización veloz y decisiva. En el proceso de la misma intervino la inmigración pero, paralelamente, el éxodo rural actuó de modo constante. Nuestra próxima nota, por lo tanto, analizará los caracteres de dicha urbanización y allanará el camino para comprender el mecanismo socio-cultural del abandono de los campos en el Río de la Plata.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Aldea de la meseta central de Costa Rica. (Foto Biesanz.)



Vivienda rural brasileña, con techo de "sapé". (Foto Borges Schmidt.)



"Los dos cuidados de Guendolina son: sus rizos de oro y la salud de su anciano padre." (Justo Martínez.)

LA PRIMITIVA FLOR DEL CINE SILENCIOSO

UNA reciente función de teatro nos ha hecho volver de pronto los ojos al ayer. Con una melancolía en la que nos indi amos a encontrar apenas una confirmación de que nunca se borró de nuestras mentes, nos enfrentamos otra vez al corazón bondadoso y un poco abrumador de los doce años.

¿El motivo de este regreso fugaz a un mundo ya definitivamente abolido? Un delicioso cuadro de la revista musical "Caracol, col, col" que ofrece actualmente Club de Teatro en el escenario de la Sala Verdi, titulado "Retrospectiva" y que coloca de nuevo ante nuestro tibio azoramiento, toda aquella saga de héroes y heroínas del cine mudo y que cubrieran como con un baño de espesa glucosa, los tempranos años infantiles.

Supongo que por ese motivo las gloriosas matinées de los jueves en el todavía superviviente cine Lutecia de la calle General Flores, nos excitaban tanto. Y a propósito, ¿cómo olvidar la primitiva decoración de esta sala con su furioso despliegue de tonalidades anaranjadas, donde entre afiligranadas palmeras cocoteras y en plena jungla, ambulaban sinuosos leopardos pintados de ojos fosforescentes y que hoy como en un sueño, vuelven con algo de aquel terror que nos producían, en su condición de grandes diablos amarillos entronizados en la inmovilidad de la maleza? ¿Qué podemos extraer actualmente en nuestra experiencia desencantada, y, rodeados de seres vulgares, que pueda igualar aquella excitación que nos producía ver surgir de entre las sombras de plata de la pantalla a las volcánicas vampiresas que, como "Cobra, la Venenosa", se consumían en el cáncer de sus propios pecados, liberadas de las amarras cuáqueras y al conjuro del hueco martilleo de un piano que un pianista aburrido apabullaba en la sala?

A esos años pertenece la vendimia aforística de tantos recuerdos que han quedado en la imaginación con vida permanente, como han quedado sin duda, impresos en el celuloide, tantos testigos de una época, que ahora la sensibilidad de Antonio Larreta ha rescatado del vaporoso olvido y ha puesto allí, en el escenario del Verdi, para que nos resquebrajen dulcemente el corazón, para que otra vez nos engañemos y sigamos creyendo como ayer, que el sentimiento puede todavía salvar al mundo.

Porque todo el avatar de una época irremediablemente desaparecida, está contenida y prisionera, en este breve y delicado cuadro que recrea con óptica actual y comprometida, el ingenuo sentimentalismo, la desprejuiciada sofistificación y la estereotipada personificación del bien y del mal en que hundía sus raíces el ingenuo cine mudo, dirigido más que nada, a un público todavía infantil en sus sensaciones y que tenía necesidad de sus inofensivos mitos, que empezaban recién a salir en forma masiva de los laboratorios de Hollywood.

Eran los tiempos en que la ternura tenía registrada la apariencia de Janet Gaynor, en que el monstruo magno era Lon Chaney, en que Colleen Moore heredaba las desprejuiciadas costumbres amatorias de Theda Bara e inauguraba la dinastía de las adorables "flappers", y en que Charles Farrell encarnaba al Apolo de barrio, con perfil de medalla y vestido de overol.



"Guendolina, la heroína de nuestra historia, es una bella joven del viejo Sur." (Estella Vera Nelcis.)



"El malvado Flint, que ha prestado dinero en hipoteca al Coronel". (Federico Wolf.)



"Cacasandra va por el mundo celebrando alegremente la llegada de la primavera". (Sara Sclavo.)



"Pero la inocencia siempre está amenazada por las almas impías".

Eran los tiempos en que la niñez montevideana de entonces, tenía aún enormemente abiertos los ojos del asombro. Años de ingenuidad y de candor, en los que el cine mudo imperaba, convirtiendo la pantalla en el blanco imantado, donde la gente sencilla acudía a adquirir su cuota de torrentes pasionales y aventuras sin límite y que al salir del "biógrafo", trocaban por la realidad provincial de sus vidas sonrientes y anodinas.

Esa manera de evadirse iba más allá de sus cálculos y los espectadores eran los primeros asombrados al encontrarse de nuevo en Montevideo y no en ese arrabal mágico de Los Angeles que se llama Hollywood.

Con real competencia, es que Antonio Larreta ha recreado esta verdadera esencia del cine silencioso y que con forma de amiba yacía seguramente entre los recuerdos de muchos espectadores sentimentales.

Seducido por el tema que tenía entre manos, dividido por su actividad en la crítica y en el escenario, Larreta había venido posponiendo esta idea renovadora que ya lo acosaba con su peso.

El hecho de que Club de Teatro decidiera montar una revista musical, impulsó a este autor uruguayo a dar forma total a su poética, tierna y burlona concepción pantomímica.

Quienes han visto el espectáculo del Verdi, se han admirado con este sabroso apunte evocador que consigue a fuerza de imaginación y con la más espléndida economía de medios, ubicar al espectador ante situaciones y personajes que ya suponía enterrados junto a sus doce años.

Con tierna complicidad y apoyándose en los estereotipos, frases hechas y sobreentendidos, que generó el cine mudo, Larreta recrea la historia de Guendolina, "una bella joven del viejo Sur que merecía todas las riquezas del mundo y sin embargo vive humildemente, teniendo dos cuidados: sus rizos de oro y la salud de su anciano padre, un Coronel que luchó junto al General Lee". Después van surgiendo en el escenario y como convocados por el recuerdo íntimo de cada espectador, "el malvado Flint que ha prestado dinero al Coronel en hipoteca", así como "Tommy, un joven honrado y emprendedor que corteja de Guendolina". O la misteriosa Condesa Tzara, "una aventurera que se siente sola y aburrida y está al acecho de alguna presa para saciar sus ansias de placer" y a la cual hace contrapunto la inocente Cacasandra, "quien paga con su deformidad los pecados de sus padres".

La vitalidad y la fuerza evocativa que encierra esta breve pantomima, es indiscutible y se concentra en la espiritualidad radiante del tema.

Su puesta en escena es como un regalo para los espectadores muy jóvenes, y más todavía, para los que ya no lo son. A estos últimos, más sentimentales, les dará la impresión de una vieja flor aplastada, que les devuelve de nuevo un antiguo perfume. Un perfume olvidado. Mas verdadero y cálido por cierto, que la locura del hombre, que barrió con toda posibilidad de ingenuidad y de optimismo.

J. R. CRAVEA.

Fotografías de Edgar Chelle.
(Especial para EL DIA.)



"Caído en las garras de la fatídica Tzara, Tommy se ha convertido en un autómata del vicio y vive entregado a una vida de placer". (Humboldt Ribeiro.)



"En el pueblo, una aventurera, la misteriosa condesa Tzara, está al acecho de alguna presa para saciar sus ansias de placer." (Henny Trayles.)



The End: "Hogar, dulce hogar".

LA MUJER INDONESIA

Recepción ofrecida a una visitante ilustre: la señora de Roosevelt.

AUNQUE el avión y el cine hayan acortado las distancias geográficas, aunque los libros y los viajeros en sus relatos nos acerquen tierras lejanas, confesemos que todavía lo exótico encierra un aura de atracción y embrujamiento indiscutibles. Polarizados por nuestra conciencia occidental, aun nos tienta "el viaje a un vago Oriente por entrevistos barcos", como una empresa constelada de sorpresas, a pesar de que la propaganda de las agencias de turismo nos anticipe muchas de ellas. Y el Oriente o el Africa o la Antártida, representan para nuestra fantasía, lo que el Cipango para la imaginación de los aventureros de los siglos XV o XVI.

Por mucho tiempo Java fue, para quien esto escribe, una isla imprecisa de donde brotaban unas preciosas bailarinas estucadas y policromas —vistas en la pantalla—, revestidas de ropajes suntuosos e intérpretes de danzas sagradas que se bailan con las manos en alto y los pies doblados en ángulo recto hacia arriba, ensalzadas en algún libro de Gómez Carrillo. También, además de danzarinas ceremoniosas, era la tierra que producía los más hermosos jaspes, como una antigua piedra de oscuro verdirrojo que solemos usar en el meñique. Y aquí finalizaba nuestra sabiduría. Por otra parte la confusión es grande; y explicable. Java es una de las muchas islas que componen hoy la Indonesia, islas, todas ellas, del Archipiélago Malayo; y esta moderna República se conoció antes, hasta apenas una década atrás, y así figura en los atlas no actualizados, como Indias Orientales Holandesas; los japoneses las invadieron después de la segunda guerra mundial; luego desembarcaron tropas inglesas en Java y en Sumatra, en auxilio de los holandeses, que por último debieron reconocer la independencia de Indonesia en 1949. Y si pensamos que las islas de Java, Bali, Sumatra, Sumba, Molucas, Celebes, son las principales integrantes de la República, además de unas tres mil islillas menores, se disculpa que se nos forme un verdadero rompecabezas, cuando nos pondría en aprietos recitar las islas que flanquean nuestro Uruguay.



Anciana de Toradja, confeccionando muestras de arte folklórico.

Pero aquella nebulosa comenzó a tomar forma cuando conocimos en 1954 a Rangkajo Ch. Si. Datoe Toemmenggoeng, delegada de Indonesia a la Asamblea de Unesco celebrada en Montevideo. El nombre largo y complicado contradecía a una dama plácida y sencilla, vestida con un cuidado y llamativo atuendo donde se mezclaban prendas orientales y europeas. No la olvidamos: no era cosa fácil. Irradiaba paz y bondad, dos virtudes casi imposibles.

Y nos llega ahora un libro anotado por ella, acerca de la vida actual de la mujer



Una joven indonesia, exponente de la belleza de las mujeres de su país.

Moreira — expedía por auto de esa fecha el compromiso de enajenación, al declarar:

"En venta Real por juro de heredad para siempre jamas al expresado don Francisco Martinez de Haedo y aqn su dro, representase las tierras qe. se mensionan en su pedimento de postura y constan por las diligencias en su razon obradas... por el precio y quantía de tres mil pesos corrientes con la condicion de que los haya de enterar y pagar al contado en estas Rs. Cajas como también lo que corresponde al dro. de media annata y conduccon."

Culminaban así, en aquel 17 de diciembre de 1764, sin el menor tropiezo, las diligencias legales que ponían en manos de Dn. Francisco Martínez de Haedo los campos entre el Uruguay y el Río Negro, cuando surgieron, como de entre las sombras, poderosos contraventores que interpusieron recurso de apelación ante la gobernación y el Juzgado de Hacienda porteños: eran el corregidor y Cabildo de Nra. Sra. de los Reyes de Yapeyú y el Administrador General de Misiones y Protector de Indios, quienes aducían que aquellas tierras eran parte y pertenencia de las estancias misioneras y a ellas correspondían por legítimo derecho.

El pleito por las tierras del Uruguay iniciado en aquel entonces constituyó el litigio de mayor resonancia tramitado en los estrados coloniales de Buenos Aires y Charcas, y los recursos extraordinarios posteriormente elevados a la corona lo revistieron de proyecciones judiciales ciertamente excepcionales. Durante 28 años los enconados litigantes sostuvieron, con inmutable tesón y cuantiosos gastos, un pleito que llegó a sumar 27 voluminosos legajos de expedientes, con más de 9.000 fojas, hasta que el monarca, por Real Cédula de 23 de marzo de 1786, expedida a instancias del Juez Protector de Indios, Dn. Juan Angel de Lazcano, dispuso: "abrir el conocimiento de la causa", y sabiéndose "lo dudoso, y arriesgado del exito de estos negocios por lo vario del pensar de los hombres" y quedar "en el mismo estado de duda y controversia que antes", acordaron las partes arribar a una transacción honorable. Cumplidos los trámites de estilo se suscribió el 17 de agosto de 1802, en la Escribanía de Cámara de la Real Audiencia de Buenos Aires, el acuerdo definitivo entre Dn. Manuel Cayetano Pacheco, Comisario de Guerra y Administrador General de Misiones, en nombre y representación del Pueblo y Cabildo de Yapeyú y Dn. Francisco Martínez de Haedo.

De las cláusulas estipuladas en la transacción y de la respuesta del Fiscal Dr. Villota interesa destacar dos pronunciamientos de preferente importancia a los fines de nuestro estudio; el que señala el ámbito acordado a las tierras de Dn. Francisco Martínez de Haedo y el expreso compromiso impuesto por el segundo a los antiguos contendores, "obligándose los Indios de Yapeyú á no inquietar a Haedo en la posesion de los [campos] que quedan señalados entre los dos Rios..." y éste a no "inquietar a los Indios en la posesión de los demas terrenos comprendidos en la mensura", lo que significaba, de hecho, poner término a una larga serie de provocaciones bélicas que en aquellas soledades ambos litigantes estimulaban entre sus parciales. Por el texto de la cláusula referida se dispuso:

"Que Haedo ha de quedar dueño absoluto y en quieta y pacífica posesión de los terrenos, que se comprenden entre los dos mencionados Rio Uruguay y Negro desde el Yaguari hasta donde desagua el Arroyo Negro en el Uruguay y siguiendo su directa hasta el naciente del Gajo mas largo que le tributa Aguas, y que deja de esta parte de acá el Cerro Pelado, pasando por delante de él hacia la parte del Norte, desde donde se ha de tirar una línea recta, que pase por arriba del Arroyo llamado de Dn. Esteban, toque y se concluya en el conocido con el nombre de Arroyo Grande ó Pintado por la parte del Rio Negro desde el Yaguari, hasta donde fué dicha linea."

*

Ya en poder de los campos del Rio Negro don Francisco Martínez de Haedo levantó, sobre la alta barranca lugareña, lindera del Uruguay y cerca del Fray Bentos (2), rodeada de recia empalizada, la fuerte casona de su estancia y capilla, y más lejos la ranchería de los negros y el atracadero de sus embarcaciones junto a los depósitos de cueros, charque y grasa de su industria saladeril, sus corrales y mangueras de piedra y los hornos de cal y carbón.

Tal el "Puerto de Fray Bentos", "Estancia de Nuestra Señora de Mercedes", primer establecimiento agropecuario fundado al Norte del Rio Negro, en el ámbito geográfico de nuestra república.

Centro de inmensa actividad, la estancia fue una típica expresión del feudalismo colonial rioplatense en aquel último tercio del siglo XVIII. Emporio de trabajo y riqueza en ella alternaban, con la peonada criolla y los negros esclavos, los indios amigos y las pandillas de faeneros que de lejos volvían con el fruto de sus rudas faenas campesinas. Jalón inicial, la "Estancia de Nuestra Señora de Mercedes" marca una etapa en la evolución social y económica de aquella vasta región norteña, y tal como lo predijeron los capitanes de Celis y Cuello en el Informe de 1764, a su sombra y protección otros animosos hombres de empresa penetrarán por la cuchilla, campo adentro, abriendo nuevos cauces a la expansión hispana. Y en aquel solar fraybentino que muchas veces fue preciso defender de la destructora irrupción indígena vendrán al mundo los hijos de Dn. Francisco y su esposa Micaela Bayo y Bacaro, y escenario fue de fiestas hogareñas en los días de bautismo, que la presencia del obispo de Buenos Aires y altos jerarcas porteños revistió de estirada solemnidad, tan en contraste con el medio rural; primitivo y salvaje.

*

No es del caso seguir ahora, en sus detalles, el proceso sucesorio de los Martínez de Haedo al fallecer, en 1804, el progenitor de la estirpe rioplatense de su apellido, ni detenernos a considerar la "subdivisión hermanable que extra judicialmente" se hizo entre sus deudos el 21 de octubre de 1805, época en que uno de sus hijos, también llamado Francisco Martínez de Haedo (3) se hace cargo de sus cuantiosos bienes rurales radicados en la Banda Oriental, donde se avecina y forma hogar. Pero corresponde señalar, por lo que a nuestro presente estudio significa, que en febrero de 1830, ya emancipada nuestra patria, el Supremo Tribunal de Apelaciones del Estado, que entonces presidía el ilustre Dr. Zudáñez, daba curso favorable a gestiones judiciales llevadas a término por el Dr. Dn. Francisco Bruno Rivarola, heredero y representante de la testamentaria de los Martínez de Haedo, y disponía la mensura de las tierras entre el Uruguay y el Río Negro de acuerdo, en un todo, con la transacción de 1802. En estas nuevas diligencias intervendrá el Agrimensor General de la Provincia, Sargento Mayor Miguel López y Picor, y como delegado del fisco el Coronel Bartolomé Quinteros, actuaciones que culminan el 29 de marzo en que el Juez de Paz de Paysandú, Agustín Baldivieso, ponía "en posesión del terreno ubicado, según á prebenido el Excelentísimo Gobierno, a don Francisco Rivarola como apoderado de los herederos del finado D. Francisco Martines de Haedo".



Carta española del Río de la Plata, Uruguay y Paraná, época de Carlos II. Copia portuguesa de 1703 realizada en la Colonia del Sacramento por el Capitán de Ingenieros D. Gregorio Gómez, que luce el toponímico Fray Bentos.

Se cerraba así, en aquel histórico año de 1830, un segundo ciclo en el largo como intrincado proceso por la posesión de los campos tendidos sobre la vasta rinconada del Uruguay. Y muchos años más tarde, a la muerte de Dn. Francisco Martínez de Haedo, sus descendientes radicados en la ciudad de Mercedes otorgan poder, ratificado el 24 de agosto de 1858, a favor del primogénito de la familia, de igual nombre y apellido que sus antepesados, para vender a la sociedad constituida por los señores Ricardo Hughes hermanos, Manuel J. Errazquin hermanos, Dn. Jorge Hodgkins y Santiago Lowry y compañía los campos llamados de FRAY BENTOS, acto que condujo a la fundación de la villa del mismo nombre, hoy ciudad capital del departamento de Río Negro, otrora denominada "Villa Independencia", cuyo centenario se conmemora el 16 de este mes de abril de 1959.

Ariosto **FERNANDEZ**
(Especial para EL DIA)

---

(1) Al destacar esta importante observación quiero referir que los baqueanos de la partida demarcadora dejaron en las diligencias de mensura expresa manifestación de su ignorancia respecto de la toponimia de algunos accidentes geográficos entre el Queguay y el Río Negro. No es de extrañar que tal cosa haya sucedido si tenemos en cuenta que en la mejor cartografía regional coetánea, la de los padres jesuitas, esa vasta zona norteña aparece exenta de toda denominación, y es del caso señalar, como testimonio ilustrativo, el mapa del P. José Cardiel S. J. compuesto en 1760, por ser el más inmediato a la época objeto de nuestro comentario.

Las inéditas referencias históricas que conforman la primera parte de este estudio constan en los "Autos obrados por el S.or Then.te y Auditor de Grra. de estas Prov.as y Juez Privativo en ellas para la venta de Tierras Realengas y Valdias, y sobre la compra qe. pretende hacer Dn. Francisco Martinez de Haedo". (1763 - 1830).

(2) Una vieja tradición local nunca revelada nos dice que Fray Bentos recuerda el nombre de un ermitaño que vivió en el lugar entregado a sus rezos y meditaciones... Lo cierto es que el denominativo geográfico "FRAY BENTOS" figura ya en un mapa de 1703, copia portuguesa de un original español correspondiente al reinado de Carlos 2º Para adquirir la voz "Fray Bentos" jerarquía y resonancia cartográfica cabe pensar que debió ser en su época expresión corriente entre los navegantes y exploradores del Río Uruguay, lo que nos permite situar su origen en el último tercio del siglo XVII.

(3) Este homónimo descendiente del rico —hombre de la colonia— de linajuda prosapia hispana según las probanzas obrantes en la Sala de Hijosdalgo de la Real Chancellería de Valladolid, se radicó en la estancia paterna donde desenvolverá su existencia, y en la Banda Oriental acrecienta su heredad con nuevas adquisiciones de tierras, razón por la cual se le caracteriza como uno de los grandes terratenientes de su época. Tuvo don Francisco Martínez de Haedo activa participación en los sucesos políticos de nuestra revolución libertadora. Cuando el Exodo llevó al pueblo oriental, camino del Ayuí él pretendió permanecer en sus estancias del Río Negro dando crédito a las seguridades prometidas en el Convenio de octubre de 1811, pero debió huir a Buenos Aires ante los atropellos que contra su persona y bienes cometieron portugueses y españoles. En diciembre de 1813 figuró entre los diputados del Congreso de Capilla Maciel donde reveló su oposición al Jefe de los Orientales. Nuestro ilustrado historiador compatriota Dn. L. E. Azarola Gil destaca, en sus "Veinte Linajes del Siglo XVIII" otros recuerdos de su participación en las luchas contra la dominación lusitana y brasileña en el Uruguay. Había contraído enlace con doña Irene Soler, hermana del prócer argentino, con quien tuvo numerosa prole.

A LA CIUDAD DE FRAY BENTOS EN EL CENTENARIO DE SU FUNDACION

Tu germinal historia no supo del guerrero
que muros a sus armas en el desierto alzó,
ni de la arisca tribu que el fraile misionero
en mansa grey un día celoso convirtió.

Nuncio de tu destino, de tus dones venero,
al conjuro del río tu solar floreció;
naciste en la centuria donde otro aventurero
espíritu sus alas audaces desplegó.

Aun pavesas quedaban de las viejas Bastillas
y al fáustico demiurgo, creador de maravillas,
comenzaba en el hombre la ciencia a revelar,

cuando fueron, Fray Bentos, en sus bríos confiados,
a tus vírgenes tierras nuevos Adelantados,
los incruentos blasones del trabajo a ganar.

FRANCISCO GUEVARA ROSELL

EL DISCURSO DE ATANASILDO

DEOLINDA, única hija del hacendado Medardo Falcón, cumplía dieciocho años. Era una moza melancólica, abstraída. Le había dicho a su padre:

—Papá, no quiero más fiesta de cumpleaños en la ciudad. Desde mis doce lo hacemos allá, y te digo francamente: cada uno que pasó me fue más áspera. Demasiada etiqueta, cortesía y falsedad. Este año la celebraremos acá, en el campo, sin invitados de relumbre. Quiero estar sola con ustedes, con mis tíos y primos, con la servidumbre y la peonada.

Don Medardo era un poco vanidoso. Le placía ver entrar en su mansión del pueblo copetudas señoras y galerudos señores que ceremoniosamente iban saludando y sentándose. Y luego el baile con niñas embutidas en susurrantes sedas y jóvenes cuyos cogotes desaparecían en unos cuellos que eran como cepos... Pero aceptó; el amor por su hija no admitía más palabras que las de ella.

*

Tres días antes de la fecha las tías y primas de Deolinda trabajaban en la ornamentación de las salas, y la negrada de la cocina en el plan del banquete. Sólo en el galpón grande, donde la peonada se reunía en la noche, no hubo iniciativa. Pero la tarde del día anterior al acontecimiento el capataz Madruga se arrimó a la ancha rueda del mate y habló ante los atentos peones:

—Mañana estamos de candombe fino. La niña Deolinda cumple dieciocho abriles. Jué ella mesmo la que pidió pa hacer el festejo na más que entre nosotros. Tuitos, dende el patrón hasta el mulequito de la perda Nila, y vamos a sentarnos de mantel corrido, mano a mano con la niña. ¡Y esto hay que sentirlo y agradecerlo, canejo! Tuito el mundo, dende don Medardo hasta la negra Simona, que es lo más ordinario que hay en la estancia, mejorando los presentes, se están desviviendo por priesentar las cosas a tono con la festejada: las negras firuletiando pudines, las tías tejiendo bordaos, don Falcón desvelándose por que los regalos lleguen a tiempo, las mulatas almidonando mulambos, las sirvientas rejucilando muebles. Cada uno de ellos ya tiene su regalo dispuesto y su dedicatoria. ¡Tuito el mundo menos nosotros, canejo! ¿Es que seremos tan desalmaos que no hagamos nada frente a la niña? ¿Iremos al banquete, y dispués al baile, a comer y chupar, y dispués dar güelta la batea, a lo chancho? ¿Olfatiaremos tuito y lambetiaremos, y dispués levantaremos la pata a lo perro?

Encogidos bajo aquel aguacero quedaron los peones. Hubo un penoso silencio. Hasta que Perico Fuica, domador, en tardos vocablos levantó su voz:

—¡Mesmo, es asina mesmo! ¿Qué podríamos hacer, porque algo hay que hacer, pa no quedar a retaguardia de la negrada, don Madruga?

(Entre la servidumbre de la casa y la peonada galponera existía desde hacía mucho tiempo un conflicto salpicado de chismes, bullas y recelos.)

Don Madruga cayó en una honda abstracción. El largo silencio, que a veces quebraba el estallido de una brasa, se hizo dramático. Los que chupaban el mate lo hacían temerosos, sin chillar la bombilla, suspensos del ensimismamiento del capataz. Al fin éste dijo:

—Creo que debemos hacer algo muy sonante. Pensar en un regalo a esta hora sería pensar al ñudo. Colijo esto, y ustedes terrirrán pa ver si está bien colegido. Hay que dir al monte, a las cañadas, a la sierra, y al bajo, y ajuntar tuitas las flores que se pueda, de tuitas las layas y familias. Mañana de mañana haremos un ramo grandote, bien tejido y combinao. Lo llevaremos dispués en procesión tuitos nosotros, bien enfilchaos. Nos cuadramos frente a la niña. Uno avanzará y le ofrecerá el florerío y le dirá un descurso que debe ser tan bien tejido y combinao como el ramo, una de esas oraciones que sacuden el corazón de cualquier viviente. Lo del ramo es fácil; pero, ¿y lo del descurso?

Volvió a hablar Perico:

—Usté mesmo lo dice, don Madruga.

—¡Yo! ¿Yo? ¡Pero si agatas sé gritar en los rodeos! ¿O se creen que allí vamos a dir a repuntar novillos o a chumbar perros? No, tiene que ser uno de ustedes. Y lo vamos a elegir aura mesmo.

Hubo un estremecimiento nervioso y un firme callar en el círculo. Al fin Perico expresó:

—Creo, y creo creer bien, que el más desponible pa ese trabajo es Atanasildo. El es quien florea las cartas que nosotros firmamos, sea pa parientes, sea pa conocidos, sea pa enamorisqueos más o menos legales. Acuérdese de lo que le dedicó al finao Casimiro en el velorio del mesmo Casimiro... ¡Mire, don Madruga, tiene que ser Atanasildo, por más lezna y saliva que se dé a otro tiento!

Luego de una breve deliberación fue elegido Atanasildo quien desapareció de inmediato para ganar la sombra del rincón donde se abría su catre.

*

No había salido el sol al otro día y ya la lechiguana estaba alborotada. La peonada se mantuvo entre el galpón y sus piezas dándole al jabón, a la navaja y al peine.

Como a las once, por orden de don Medardo, llegó un botellerío de caña y otro de ginebra. Comenzó a encenderse la fogata.

A la una la negra Simona, con un crujiente vestido almidonado, celeste, apareció por allí y gritó:

—¡Al banquete, chusmaje!

En doble fila, con Madruga al frente, rompieron la marcha catorce peones. Al lado del capataz iba Atanasildo medio desaparecido en un ramo en el que estallaban flores de ceibo cuyos violentos rojos suavizaban manojos de margaritas blancas y cascabeles de maravillosas pasionarias.

La columna se detuvo, firme y grave.

En la mesa, inmensa, tendida con albos y bordados manteles, destellaba el servicio. Allí, en una de las cabeceras estaba Deolinda, de pie, rutilando belleza. En la otra don Medardo. Madre, tíos y primos flanqueándolos. La servidumbre tiesa, aguardando el toque de a la carga.

Don Medardo dijo:

—Damas y caballeros: dieciocho años cumple hoy mi muy querida hija Deolinda. Ella quiso festejarlos entre nosotros, los de su sangre, y ustedes, servidores y peones de mi estancia. Hágase su gusto, pues, que es el mío, y ¡viva mi hija!

—¡Viva! —gritaron todos, con los ojos húmedos.

Entonces se adelantó Atanasildo y comenzó su discurso, cuyas pelabras se fueron espaciando simétricamente, como piques de un alambrado:

—Señorita Deolinda Falcón, presiente: los comparecientes que suscribimos este escuadrón venimos con el corazón en una mano y este ramo de flores en la otra, a ofrecérselos con el cariño y la lealtá de sus seguros servidores, y el coraje de hombres dispuestos a morir por usté, sea ande sea, y sea como sea. Pobre es el regalo que le tráimos pero vea, señorita Deolinda, que se lo sacamos al monte, a la sierra, a las cañadas y al bajo. No son diamantes ni rubises; son na más que flores hechas y pintadas por dios, nuestro señor y el suyo. Van a durar un día; pero nosotros hemos dentrao en ellas un recuerdo que pué durar quinientos años. Desculpe lo mal trazao de esta letanía porque nací más bruto que tatú bisojo y colijo que asina viá morir. Pero mire, niña Deolinda, créame que soy como sándia de arenal: escuro, redondo y liso por ajuera, pero con un corazón suave y bien endulzao por adentro. El capataz don Madruga me ha dao esta tarea que pa mí tiene más puntas que una llorona; pero yo he dentrao a respetarlo. Otro le debía endilgar [illegible] ofertorio, uno que juera fino como estampa de santo, con modales de dotor en leyes, y pico de jilguero en celo, que es lo que usté se merece. Me tocó pelar esta breva de tuna y la estoy pelando muy honrao en pelarla. Sé que mañana el rabonaje de la cocina va a dentrar a criticarme y a querer tiznar mi descurso; pero por más arueras que sean no van a poder hinchar la virtú de mi güena voluntá, niña. Legalizo que la negra Simona, que asigún el don Madruga es...

(Aquí el capataz le encajó un codo en el vacío a Atanasildo mientras le sopló, medio desnorteado:)

—¡No te me soslayés, hereje!

Atanasildo siguió:

—Güeno, viá terminar, niña, que una muy projunda emoción me tiene añudao el gaznate. Iba a poner sobre el tapete algunos dimes y diretes del negraje de la cocina...

(Otro codazo de Madruga que casi le quita el resuello.)

Entonces la niña Deolinda alzó su voz cristalina sobre el concurso:

—Atanasildo, y usted don Madruga, y ustedes Perico, Cristino, Rosauro, Pantaleón, Juan Pintos y Juan Toledo, Jesús, Rosmiro, Justo, Luis Pérez y Luis Garzón, Sabino y Terencio: de lo hondo de mi ser les doy las gracias por el espléndido regalo que me han traído. Las palabras suyas, Atanasildo, me han tocado lo íntimo por sinceras: el recuerdo de esas flores, como usted bien ha dicho, durará más que yo. ¡Que haya alegría y paz en este día! ¡Que no haya rabonaje, ni negraje, ni diretes, ni Simona! ¡Todos ustedes son mis hermanos queridos y yo les pido que se traten como tales...

No pudo seguir la cumpleañera. Se abrió un llanto general, punteado de ayes, suspiros y gritos, tan patético y tocante, que la misma niña Deolinda cayó sobre una silla saltándole de los ojos ardientes lágrimas, en tanto una de sus tías que era solterona, y muy traviesa, salió al patio donde casi reventó de risa.

José MONEGAL
Ilustración del autor

(Especial para EL DIA)

AQUELLA TARDE CON JUAN RAMON JIMENEZ

WASHINGTON, 1949, primavera, quizá más hermosa que la tan celebrada primavera parisiense. Las ramas en flor de los cerezos se miran con orgullosa sonrisa en los grandes espejos de agua. Las ardillas retozan en los jardines, trepan por los troncos, se acercan a nuestros pies, inquietas y nerviosas, ya deteniéndose, ya volviendo a dar vueltas, mirándonos con ojitos pícaros, suplicantes y amigos.

Primavera de Washington. Encuentros con varios compatriotas, con muchas amistades latinoamericanas. A la gracia y belleza de los jardines se une la majestuosa e ilustre gravedad de la Biblioteca del Congreso. El tiempo es tan luminoso que cuesta decidirse a encerrarse entre libros. Y, sin embargo, heme aquí, en la Fundación Hispánica, salón en que sólo veo dos retratos de escritores: Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. Heme ahora en el miliunanochesco departamento de libros raros, defendido por pesadas puertas de bronce, que evocan aquellas de las cajas de caudales de los Bancos.

En Washington las amistades latinoamericanas nos devuelven el ejercicio del idioma natal, cotidiano. Y cuando el viajero hace silencio frente al "memorial" de Lincoln, siente cabalmente ese sortilegio todopoderoso del espíritu y de la valentía.

Washington, la ciudad en que nadie grita, en que todos hablan en tono mesurado; la ciudad en que ningún edificio puede sobrepasar, en altura, a la cúpula del Congreso. La ciudad de los solemnes monumentos. La ciudad en que hay, en los museos, tesoros de arte. La ciudad cuyo trazado es una viviente obra de arte.

Sabía que Juan Ramón Jiménez residía por entonces en Washington. Pero, respetuoso de su carácter solitario y de su tiempo tan necesario para la realización de su obra, no me apresuré a visitarlo. Un mediodía de domingo, cuando yo estaba terminando de escribir una carta en el hall del "Frankin Park Hotel", tuve la inesperada alegría de verlo entrar, con Zenobia, en mi busca, para llevarme a almorzar a Alexandria, en el vecino Estado de Virginia.

Y mientras Zenobia maneja el auto, comienza nuestra plática. Le recuerdo, entre otras cosas que conozco sus declaraciones no elogiosas para la poesía de Herrera y Reissig: aquella en que relaciona la metáfora de Julio con la guillotina. Y, más anteriormente, una de las últimas páginas —la última, sin duda— que Juan Ramón había publicado en España, en 1936, días antes de la tragedia: una evocación de su iniciación literaria, de Villaespesa y del modernismo poético.

—Es lo que sigo pensando —me responde—. Lo de Herrera y Reissig es como una muy ingeniosa y curiosa ensalada del modernismo. Ni él ni Julián del Casal han sido de mi agrado. Herrera y Reissig se parece también a Villaespesa, por su insistencia en el aspecto externo del modernismo. Y, como Villaespesa, le debe mucho a los otros modernistas hispanoamericanos. En Herrera y Reissig, que nosotros conocimos bastante tarde, cuando ya habíamos evolucionado hacia otros caminos —menos Villaespesa ¡ay! nacido únicamente para el modernismo— en Herrera y Reissig, insisto, la ornamentación es excesiva, absorbente, como en Julián del Casal.

—Pero —le recuerdo— las églogas de "Los éxtasis de la montaña" permiten seleccionar un manojo muy bello de sonetos.

—Es poesía externa, descriptiva, hábil, técnica, sin espíritu, parnasiana.

—Juan Ramón —le digo— elijo algunos de esos sonetos, porque creo también en la poesía objetiva, por lo menos en su derecho a una zona en la poesía total. Verdaderos poetas chinos y japoneses de la antigüedad dejaron breves poemas puramente descriptivos, objetivos, que son como joyas eternas. O mejor, que se anticiparon a las "manchas" de ciertos pintores del impresionismo.

—La poesía es espíritu, puro espíritu. Lo objetivo sólo no puede dar poesía, debe estar "subjetivizado".

Le recuerdo que así, como un "transfigurador" lo he retratado a él en el libro que le he dedicado y más concretamente en el último capítulo. Y que ello no niega en definitiva la creencia en una *poesía* objetiva. Y le evoco que en sus "Pastorales" hay algún romance directamente descriptivo. Y, más aún, en las "Marinas de ensueño", posteriores, de sus "Poemas mágicos y dolientes".

Pero ya le dije a Ud. en Montevideo que yo considero que mi obra comienza en "Sonetos espirituales". En lo anterior —que es mucho, demasiado— hoy sólo veo aciertos parciales. La severidad de mi crítica para los demás, empieza siendo ejercida para conmigo mismo, en mi obra y en el arrepentimiento de una parte de mi obra.

Finísima, inteligente, comprensiva, sin intromisiones literarias, a pesar de su gran cultura y de su exquisito gusto, Zenobia, sonríe, calla, sigue la conversación con sus grandes y buenos ojos claros. A veces, pocas, agrega unas palabras o hace una pregunta.

Se me ocurre decir de memoria "Octubre" de Julio, que considero la mejor página de "Los éxtasis de la montaña". Juan Ramón me escucha acariciando su pulcra barba y mirándome, de vez en cuando, con sus profundos ojos negros, brillantes. No le gusta el soneto. Encuentra, ya de entrada, que la "druídica pompa" y la "gótica herrumbre" son rebuscados y se molestan entre sí. Recoge un verso "y zumba la leyenda ecuestre de la caza", aunque piensa que lo de "ecuestre" sobra y también molesta. Sin ese vocablo, el verso hubiera sido un endecasílabo muy musical, agrega. Y lamenta que él mismo haya escrito tantos alejandrinos, metro grato a la lengua francesa, pero no a la española. Porque el alejandrino —agrega— en español, es frecuente que obligue a rellenos. O que resulte pesado, como en algunos poemas de la primera Mistral.

—En el libro que Ud. me dedicó, que quiero y que considero de valor histórico —me dice— no me gusta, sin embargo, el capítulo en que Ud. me compara a Herrera y Reissig.

—Establezco un paralelo entre una lejana época de su vida —la de "Arias tristes y Jardines lejanos"— y las "Divagaciones románticas" de Julio. Vea Ud. que sus "Arias" y sus "Jardines" son también románticos y divagadores. ¿No están muchos de esos poemas dedicados a Heine?

Insiste que en él, Juan Ramón, exceptuando sus libros de adolescencia, que califica de "horribles y quemables", no se encuentra la utilería modernista, ni aún en los muchos tomos anteriores a sus "Sonetos espirituales". (Esos libros, pienso, que él quiere poco, aunque muchos de sus lectores los prefieren a los de su etapa posterior).

—Pero en Julio —le recuerdo— hay momentos en que su fondo romántico, de verdadero poeta, lo domina todo.

—Muy pocos momentos. La gran figura de la poesía uruguaya de esa época es Delmira Agustini. ¡Esa apasionada!

Pero, desgraciadamente, no extiende su elogio. Le expreso que Gabriela Mistral dijo conceptos similares, en su visita de 1938 a Montevideo.

Vuelve el nombre de Julio, al recordar Juan Ramón que una noche, reunidos en casa de Juana de Ibarbourou, alguien lo puso como ejemplo del desamparo del escritor en el Uruguay. Le digo que, sin embargo, quizá el poeta fue feliz viviendo su soledad creadora y su humildad orgullosa. Que la obra de Julio fue realizada en sólo diez años y no coleccionada ni muy difundida en vida, lo que lógicamente no pudo darle la resonancia merecida y el reconocimiento material y moral que se logra en más extenso tiempo. Y en cuanto a su irrealizado viaje a Europa, ¿era tan necesario? ¿Sabemos, además, si no habría quizá apresurado su muerte, como sucedió con Rodó y con Florencio Sánchez?

Creo que el nombre de Florencio cae en el vacío. De Rodó dirá luego su afecto, su recuerdo, su admiración.

Le expreso que en la actualidad la situación del escritor uruguayo ha cambiado algo, aunque no siempre para bien. Se interesa al saber que los autores pueden presentar anualmente libros inéditos a concursos oficiales.

Nuestro problema —le agrego— es otro: la falta de lectores del libro nacional y también la falta de críticos y la fugacidad de nuestras revistas literarias. Y quien se decida a crear una editoral, tendrá que empezar por matar los microbios que engendran la pésima costumbre de creer que el autor uruguayo deba regalar sus libros, incluso a quienes no conoce.

La conversación toma otros rumbos: Mallarmé, Valery, Eliot (¡cuánto Eliotcito, actualmente, en América Latina!), St. John Perse, Rodó, Gabriela Mistral, Moguer, Platero, "Platero y yo". Recuerda una revista literaria juvenil —creo que "Número"— que le envían de Montevideo y que le interesa. Le hablo de las numerosas correcciones por él introducidas en los viejos poemas que recogió en "Canción", el último libro que publicó en Madrid. De la pulcritud de la edición. Del bello retrato de Zenobia.

—¿Pero hay en Montevideo ejemplares de ese libro? —me interrumpe.



En Alexandria (EE. UU.) el autor, con Zenobia y Juan Ramón, en aquella tarde a la que se refiere en el presente artículo.

—Sí, entre ellos el que Ud. obsequió en Madrid al Dr. Daniel Castellanos, quien lo guarda en su biblioteca.

Insiste en su ideario lírico: lo depurado, lo desprovisto de adornos, la poesía desnuda, lo esencial, en suma, conseguido con pocos elementos, con vocablos sencillos y claros. Y nada de buscar la popularidad —subraya—. El poeta ha de escribir siempre para la minoría, para la inmensa minoría.

Regresamos a Washington. Cruzamos los puentes, los bellos jardines. No veo ya ninguna ardilla. Las calles céntricas están desiertas. En el espacio se alarga un vivo collar de palomas. Juan Ramón me dice que ha poco lo invitaron de Chile. Que aunque le gustaría conocer el país, no podrá ir. Recuerdo que ayer me expresaron que tuvo problemas con el invierno de Washington. Y también con sus alumnos, muy simples, con los cuales no puede platicar de la alta música, como sería su gusto.

Antes de despedirnos, ha hablado de Moguer, nuevamente. Y de Madrid y de sus libros en su casa del barrio de Salamanca. Y de sus paseos en el Prado. Lo veo más español que nunca. Y recuerdo aquella fría mañana del invierno montevideano de 1948, en el viejo barrio del Cordón, cuando en su visita a nuestra Escuela de Práctica "Cervantes", pidió que le dejaran buscar, entre los niños, "ojos españoles". Y acertó.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Frontal de una orejera de oro repujado. Piezas de este tipo son propias de la zona Mochica. Col. particular Montevideo. (Foto autor.)



Frontal de una orejera en cobre en la que se puede observar un guerrero con orejeras y en sus manos maza y escudo. Colección particular. Montevideo. (Foto autor.)

LA METALURGIA EN LA AMERICA PRECOLOMBINA

ES por los problemas que presentan los procesos técnicos de elaboración de los metales, así como también por las dificultades que hay que vencer para localizarlos y extraerlos, que éstos hacen tardía aparición en la historia de las culturas y son, evidentemente, un índice del progreso de las mismas.

La importancia que los prehistoriadores dan a esos conocimientos se ve refleja'a en las denominaciones que para diversas edades de la prehistoria e historia de la humanidad se han empleado de "Edad del Cobre", "Edad del Bronce" y "Edad del Hierro". América Precolombina conoció las dos primeras pero no llegó a la última, ya que el hierro fue introducido en el continente por los conquistadores españoles.

Aún antes que la del cobre fue conocida la metalurgia del oro, metal este que fue el primero empleado por los orfebres de Chavín, quienes lo trabajaron mediante la técnica del repujado. El oro era batido hasta lograr finas láminas y luego martillado sobre moldes de madera o inciso para darle forma o simplemente grabarlo.

Ya en ese horizonte cultural que es Chavín en Perú, varios siglos antes de Cristo la metalurgia había alcanzado un alto grado en su desarrollo técnico y artístico. Siguiendo una cronología, el segundo punto de aparición de los metales trabajados es Tiahuanaco, en las tierras altas de Bolivia. Allí la perfección llegó a grados insuperables en la parte Sur del continente. Luego la cronología nos indicaría la cultura Salinar en la costa Norte del Perú y, en la costa Sur, el período Nazca-Paracas. En estos primeros tiempos sólo se conoció el oro, que tampoco llegó a fundirse, no habiendo señales del empleo de la plata, el cobre, bronce, etc. Luego los Mochicas fundirían el oro y el cobre. Este último metal fue distribuído por toda América desde el segundo horizonte de Tiahuanaco.

El conocimiento de las artes y técnicas metalúrgicas se dispersó por toda la costa peruana llegando a Ecuador donde se han hallado ornamentos de platino que asombran e intrigan a los investigadores, ya que sería necesaria una temperatura de 1.700 grados centígrados para fundirlo, lo cual se halla por debajo de las posibilidades de los hornos de la época. Esta técnica no fue conocida en Europa hasta el año 1730. Las láminas, cuentas y demás ornamentos que aparecen con profusión en el Norte de Ecuador y en la provincia colombiana de Nariño parecerían ser de platino, pero en realidad son de una mezcla rica en platino con algo de oro y plata. Las investigaciones que se han efectuado sobre el tema indican que la aleación se efectuaba mezclando pequeños granos de platino con polvo de oro, el calor producido dentro del crisol derretía el oro y soldaba las partículas de platino, material que luego era martillado para darle forma.

Del Ecuador las técnicas pasaron a Colombia y de allí a la América Central. Luego, en un horizonte cultural más reciente, el dominio de la orfebrería se trasladó a Chile y Argentina.

En el siglo XII se habría logrado el soldado de los metales, en el cual no se empleaba mercurio ni amalgama, sino sal de cobre en polvo mezclada con goma y luego aplicada a la superficie mediante calor. Dicho soldado, junto con algunas aleaciones tendría su origen en la región Chimú, posiblemente en el valle de Virú. Paralelamente se iniciaría la "tumbaga" (oro y cobre), en Colombia, difundiéndose todas estas técnicas de trabajos hacia el Norte y hacia el Sur.

Posteriormente a esos logros, en las tierras altas de Bolivia se descubrió el proceso que da lugar al bronce. Este y la tumbaga fueron, indudablemente, las más importantes aleaciones logradas en la América precolombina. Los bronces sudamericanos son de los llamados tipo "alfa", con un contenido de estaño de menos del 12 %, lo cual da un producto relativamente blando al salir de la fundición pero que luego, al ser martillado en frío, daba como resultado una dureza que hoy nos asombra. Estas técnicas se expanden hacia el Sur por toda la cordillera y la costa, llegando hasta el Noroeste argentino donde son famosas las placas grabadas, las manoplas, las hachas de guerra Diaguitas, etc. En el Norte, en los valles de Casma, Chimbote, Lambayeque, etc., se hacen notables miniaturas solas o como complemento de cuchillos (tumis), bastones de mando y otros objetos.

Recién en el siglo XIII la metalurgia llega a México desde el reino Chimú, alcanzando más tarde este país, las técnicas empleadas en Colombia. Los objetos de metal son hallados en tumbas relativamente modernas. Sin embargo, a pesar del corto tiempo de desarrollo del conocimiento de la metalurgia, las joyas mexicanas son superiores desde el punto de vista técnico, a la mayoría de las joyas peruanas. El ejemplo más notable nos lo ofrecen los trabajos de joyería que se realizaban en Oaxaca, no tan hermosos como ciertos productos de la orfebrería de Lambayeque, Nazca y Paracas, pero técnicamente superiores, debido a lo cual la aventura de la creación fue adelante, bien acompañada de la imaginación indígena.

En más de un área se han encontrado objetos de oro y plata, ejemplo de lo cual es el cuchillo que ilustramos, en el cual el pelícano que mira al gusano es de oro, siendo el resto de la pieza de bronce. Las combinaciones se hicieron en oro y plata, oro y cobre, plata y cobre, bronce y oro, bronce y plata. En los horizontes culturales más modernos son comunes estos objetos. El notable investigador W. Root señala como el ejemplo más acabado de este tipo de orfebrería, el pectoral de Huarmey, hallado en la costa peruana, que actualmente se encuentra en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Está formado por bandas de oro amarillo y de oro plateado. Las bandas amarillas contienen 80 % de oro, 14 % de plata y 6 % de cobre. Las bandas plateadas 54 % de oro, 40 % de plata y 6 % de cobre. Se han hallado objetos bimetálicos en tumbas Incas, Chimúes, especialmente en la zona de Lambayeque, en el Ecuador y en Oaxaca, México.

Una técnica que no debemos dejar de mencionar por los éxitos que con ella lograron los antiguos americanos es la de las incrustaciones en los objetos de metal. Lo primero que se conoció de estos trabajos en el Viejo Mundo fueron los vasos, ya que fue quizá lo único que se salvó en parte del botín que Pizarro obtuvo del Inca Atahualpa. Son estos vasos de oro con incrustaciones de esmeraldas y otras piedras preciosas o semi preciosas. Existen idolitos que representan alpacas, vicuñas, llamas y muy esmeradas figuras antropomorfas fundidas en plata o cobre en las cuales se dejaba un hueco que luego era rellenado con un segundo metal, con pastas coloreadas o con piedras. La incrustación de concha de varios tonos que armonizaban con el color del metal empleado ha dado como resultado hermosas piezas.

Estos tipos de trabajos se han localizado en las tierras altas de Perú y Bolivia, en Ecuador y en Coclé, Panamá. A esos lugares han llegado partiendo, aparentemente, del reino Mochica.

El dorado, plateado y coloreado de los metales fueron practicados también por todas las altas culturas de la América precolombina.

A través de estas líneas vemos cómo las costas del Pacífico prolíficas en grupos civilizados han tenido metalurgia, notándose la completa ausencia de metales trabajados en las costas del Atlántico.

Cieza de León nos da una idea del desarrollo de la metalurgia durante el último Período Inca cuando anota en 1553: "Cuando trabajan hacen una pequeña hornalla de arcilla donde ponen el carbón molido y recién entonces soplan el fuego con pequeños bastones huecos en lugar de fuelles. Aún los niños, que si uno los mira piensa que apenas tienen edad suficente para hablar, saben cómo hacer estas cosas".

Abril 7 de 1959.

Raúl CAMPA

(Especial para EL DIA)



Cuchillo de cobre. Se observa en el mismo una magnífica miniatura de un pescador recogiendo su aparejo. El filo ha sufrido el ya citado proceso de endurecimiento mediante el martillado en frío. Col. particular. Montevideo. (Foto autor.)



Cuchillo (tumi) obtenido por fundición de cobre. Nótese en él un guerrero de ojos alados con orejeras y una lanza en cada mano. Típica muestra de la metalurgia de Lambayeque. Col. Part. Montevideo. (Foto autor.)


EL FATAL DESENLACE DE JACKSON SE HABÍA PRODUCIDO, Y TARZAN Y EL MAHARAJA VOLVIERON SOLEMNEMENTE A LA BASE.
Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS


EL HOMBRE-MONO ACEPTÓ INMEDIATAMENTE SER EL GUÍA DE SU AMIGO.


TARZAN LLEVÓ EL CORTEJO A UN PUERTO DE DONDE EL HINDÚ PODÍA EMBARCAR PARA SU TIERRA.


EL HOMBRE-MONO VAGÓ ENTONCES POR LA COSTA, DESCONOCIDA PARA ÉL, DONDE LO ESPERABA UNA TERRIBLE AVENTURA.
DICK VAN BUREN
JOHN CELARDO


LA VILLA DE MADORA ERA UNA PEQUEÑA COMUNIDAD DE PESCADORES A ORILLAS DEL OCÉANO. SUS HABITANTES ERAN GENTES FELICES Y PACÍFICAS.


CADA MAÑANA LOS HOMBRES DE MADORA SALÍAN EN SUS BOTES -- Y CADA TARDE VOLVÍAN CON SU PESCA.
1427


PERO UN DÍA ESA SIMPLE RUTINA FUE CONMOVIDA POR UN DESASTRE! EL PÁNICO INVADIÓ A LOS PESCADORES QUE ABANDONARON SUS BOTES PARA ESCAPAR DE UN MISTERIOSO TERROR MARINO -- EL TERROR DE TA-HU!

CAPURRO & Co.



Una espectacular selección de

Medias de Nylon

presentan nuestras 3 casas

Malla fina "Evi" A2038-A1845-A1917, el par	$ 3.80
Malla fina "Avalon" A2414, el par	$ 4.20
Malla fina "Ever Mimo" A2469, el par	$ 4.20
Malla fina "Blué Envelope" A2547, el par	$ 4.20
Malla fina "Grants" A1816, el par	$ 4.50
Malla fina "Ballarina" A1915, el par	$ 4.50
Malla fina "Malla 60/15" A2039, el par	$ 4.50
Malla fina "Malla 66/15" A2548, el par	$ 4.50
Malla fina "Americana" A2041, el par	$ 4.80
Malla fina "Ever Fil" A2277, el par	$ 4.80
Malla fina "Palmira" A2405, el par	$ 4.80
Malla fina "Evi" A2416, el par	$ 4.80
Malla fina "Americana" A2415, el par	$ 4.95
Malla fina "Americana" A2046, el par	$ 5.40
Malla fina "R. S. 66/10" A2139, el par	$ 5.80
Malla fina "My Squire" A2394, el par	$ 5.80
Malla fina "Palm Springs", el par	$ 6.20
Malla fina "Mido", el par	$ 6.20
Malla gruesa "Sharnay" A2181, el par	$ 6.20

LINEA KAYSER

Fill Al Top Malla fina, el par	$ 5.70
Stylon Malla gruesa, el par	$ 5.70
Sheerlon Malla fina, el par	$ 5.75
Evelon Malla fina, el par	$ 6.40
Zephyrlon Malla fina, el par	$ 7.25

LINEA TYMSA

Malla 54/15 Cal. A2404, el par	$ 5.40
Malla 54/15 Cal. A1921, el par	$ 5.40
Malla 54 gruesa Cal. A1634, el par	$ 5.80
Malla 54/15 C/Negra A1687, el par	$ 5.90
Malla 60/12 Cal. A2054, el par	$ 6.90

Malla fina "Sandalfoot" Cal. A2165, el par	$ 7.30
Malla gruesa "Indestructible" A2159, el par	$ 7.50

LINEA SCHIAPARELLI

Malla fina "Continental", el par	$ 7.15
Malla fina "Magnifique", el par	$ 8.15

LINEA CHRISTIAN DIOR

Malla fina "Dicrella", el par	$ 6.40
Malla fina "Vermeil", el par	$ 6.70
Malla fina "Or", el par	$ 6.90
Malla fina "Platine", el par	$ 7.25
Malla Superfina "Dior 75", el par	$ 7.95

TUL "INDEMALLABLES" CON COSTURA

Sheer Pleasure, el par	$ 5.20
Non Run, el par	$ 5.95
Lacelon, el par	$ 6.90

TUL "INDEMALLABLE" SIN COSTURA

Congress, el par	$ 4.80
Lace, el par	$ 5.80
Vedette, el par	$ 7.50

CHICLE

Malla fina Cal. "Palm-Beach" A2489, el par	$ 4.95
Malla Creep "Munsingwear" A2406 el par	$ 6.20
Malla fina "Carrousel" Americana A2649, el par	$ 6.50
Malla Creep "Mido" A2399, el par	$ 7.20
Malla mediana "Silkor" A2382, el par	$ 7.50
Malla fina "Stretch" A2314, el par	$ 8.20
Malla fina "Christian Dior" A2290, el par	$ 8.70
Malla gruesa "Stretch" A2596, el par	$ 9.30

SAMUEL AGUAYO y su sensacional conjunto folklorico Guarani, en el escenonario de variedades de CASA SOLER. — Todos los lunes a las 20 hs. y jueves a las 21 y 30 hs. por SAETA T.V. durante el mes de abril.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ — Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa
Tel. 20-09-61 - 2-41-00

SUCURSAL GOES
Av. Gral. FLORES 2341
esq. Mar. Berthelot
Tel. 24-200 - 24-300 - 24-400

SUCURSAL CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo
Tel. 40-41-11